

Opinión

El bosque

POR Eradio Ezpeleta Iturralde

Con todo lo que está cayendo, un árbol no puede tapar la realidad y esconder lo que hay detrás: el noble arte de la política ejercida por miles de personas buenas y comprometidas. Estamos viviendo unos años malos para la política, para los políticos, en los que lo único que se oye al respecto son descréditos personales, ataques furibundos, insultos, casos de corrupción, fuego amigo, pasando desapercibidas las acciones y tareas de la gran mayoría de servidores públicos que dedican su tiempo y sus conocimientos al servicio a los demás. Los hay, y muchos. El problema es que algunos árboles no dejan ver el bosque.

El 22 de junio se celebró Santo Tomás Moro, humanista londinense, nacido en 1478, que pensó algún tiempo en la vida monástica, pero que, tras leer *La Ciudad de Dios* de San Agustín, decidió ser ciudadano de la ciudad celeste sin apartarse de la terrestre. Pionero en la promoción de los laicos, se enfrentó a los problemas de su tiempo con criterios cristianos. Es un mártir por la unidad de la Iglesia y por la libertad de conciencia frente a las leyes civiles injustas. Fue canonizado por Pío XI en 1935 y declarado patrono de los gobernantes y los políticos en el año 2000 por el Papa Juan Pablo II. En el momento actual, de grandes desafíos y responsabilidades, de alejamiento de la política por parte de los ciudadanos, de frialdad e increduli-

dad hacia los líderes políticos, de vacío moral en los programas electorales y de un continuo ataque a quien muestra sus convicciones cristianas, se necesitan hombres y mujeres creíbles como Tomás Moro que den un paso al frente, se dejen de complejos, ofrezcan una verdadera revolución en la manera de hacer política e incluyan en sus propuestas y discursos mensajes con valores y principios donde la persona y el servicio estén por encima de cualesquiera otros objetivos. Gobernar, o estar en la oposición, se ha convertido hoy en el mal arte de tener que machacar al oponente por el mero hecho de tenerlo enfrente. La búsqueda de réditos personales o partidistas se ha impuesto a la verdadera vocación de la política, que no es sino estar al servicio del ciudadano. Desde la estructura de una institución, de un partido político o de un sindicato hay que trabajar por mejorar el día a día de la gente, facilitar su relación con la administración, escuchar sus demandas y posibilitar su resolución en la medida de lo posible, sin estar pensando únicamente en sí lo que se hace tendrá alguna compensación, si la cosa me da votos o si consigo sacar de quicio al contrario.

Quienes tenemos clara la vocación intrínseca de la política y apostamos por la conciliación de los principios democráticos con la fe cristiana, debemos promover y pedir políticas claras en favor de la familia, de los jóvenes, de los ancianos y de los marginados y exigir la defensa de la vida en todas sus expresiones. Todo ello frente a los nuevos fenómenos económicos que están modificando las estructuras sociales y las conquistas científicas en el sector de las biotecnologías que banalizan y degradan el cuerpo humano hasta límites insospechados.

Tenemos que ser activos en todos nuestros entornos, en el trabajo, el ocio y la familia, con

los amigos y nuestros vecinos, con los padres del colegio y los compañeros de piscina o de playa y no callarnos por eso del qué dirán. No se trata de imponer nada, pero tampoco de dejarnos llevar, o que nuestro pasotismo y silencio sea cómplice de lo que otros decidan. Opinar y decir en qué creemos no es de *frikis* ni de bichos raros. No se puede hacer nada para cambiar lo que ya ha pasado, pero sí se puede hacer mucho, podemos hacerlo, para cambiar lo que viene, nuestro futuro. Quienes tienen la posibilidad de decisión dentro de los partidos políticos (líderes, responsables locales, cargos públicos, afiliados), deben tener la valentía suficiente para cortar esos árboles que no dejan ver el bosque, para decir abiertamente, sin tapujos ni engaños, cuáles son sus principios y valores y para luchar por ellos sean cuales sean las consecuencias. Sólo así el bosque volverá a ser lo que era y recuperará su esplendor y frondosidad.

Tenemos una importante tarea por delante y no podemos desaprovechar la oportunidad de realizarla. Hay que descubrir y mostrar a los hombres y mujeres que se dedican al noble arte de la política, que tienen ideales y trabajan y luchan por ellos, porque, queramos o no, los partidos políticos y quienes forman parte de ellos, son necesarios en nuestro país, comunidad, pueblo o ciudad. Busquemos y aupemos a quienes conciben la política como un servicio a los demás, como un trabajo hacia la comunidad, como una manera de realizar el bien común, como una vocación. Descubramos esos árboles que hacen el bosque y volvamos a crear, de nuevo, en la política y en los políticos.

Pienso que lo podemos conseguir, si, como decía Santo Tomás Moro, el hombre no es separado de Dios, ni la política de la moral. Así quiero que sea el bosque. ●



Más que palabras

POR Javier Vizcaíno

El Casadazo

Hay como millón y medio de lecturas de la victoria por goleada de Pablo Casado en las primarias a la *remanguillé* del Partido Popular. De entrada, un saludo para los gurús y las *gurusas* que todavía a un cuarto de hora de conocerse los resultados daban por seguro que ganaría Sáenz de Santamaría, pontificando que el aparato era mucho aparato y que el aplausómetro del Congreso no era indicador de nada. Pues toma nada, pedazo de listillos: 451 votos y 15 puntos porcentuales de diferencia. Que Santa Lucía os conserve la vista y que los que os tienen por referencia sigan siendo lo suficientemente cabestros como para no retirarlos el crédito. Y volviendo a los hechos en sí mismos, anotemos algo que quizá quede en segundo plano: si en el inicio de todo esto las indiscutibles favoritas eran dos mujeres y el triunfo se lo ha llevado un hombre, eso es porque allá en lo más profundo del PP hay un machismo que huele a chotuno. En realidad, es algo en total sintonía con el resto de las rancias esencias de las que Casado se ha valido para conquistar (promesas de carguets y otras canonjías aparte) a quienes lo han convertido en inopinado presidente. Manda pelotas que el renovador sea el que enarbola la herencia negra de los padres fundadores Fraga, Arias Navarro, Licinio de la Fuente, el ultra con cadenones Verstrynge (ahora igual de ultra, pero de otra obediencia), Gonzalo de la Mora y qué se yo cuántos ministros más del bajito de Ferrol. Y como síntesis hecha carne de los anteriores, claro, José María Aznar. ¿Saben lo que les digo? Que me alegro de tener un partido de derechas tan a la derecha, y que me voy de vacaciones. ●

Ministerio de Inteligencia Artificial

POR Alex Rayón

En España ya se ha conformado Gobierno. No se ha creado un Ministerio de Inteligencia Artificial. No lo digo con ironía o en clave futurista. El pasado octubre, Emiratos Árabes Unidos (EAU), tras una reestructuración del gabinete, se convirtió en el primer país del mundo en tener un ministro de Inteligencia Artificial: Omar bin Sultan al Olama, de 27 años. Esto no dejaría de ser un elemento pintoresco si no fuera una materia que comienza a entrar en las agendas ministeriales. Francia publicó en abril su estrategia nacional de Inteligencia Artificial (IA). En EEUU, han creado un grupo de expertos para la definición de una normativa sobre la que desarrollar la IA. China quiere liderar este campo de la economía para 2030. En Reino Unido han creado un centro ético para el uso de datos y la innovación. Además, están planteando ya seguir los pasos de EAU y crear un ministerio.

La creación de un ministerio suele buscar ordenar y controlar un cierto sector de la actividad social que merece una especial atención de los estados. La IA hace tiempo que ya ha trascendido el plano técnico y comienza a ocupar espacios de reflexión en torno a su impacto no solo en la economía sino también en diferentes planos sociales. Concretamente, en los Emiratos Árabes Unidos se ha creado este ministerio por la afección de la IA en campos tan diversos como transporte, salud, energía, educación, medio ambiente,

movilidad, etc. En la UE todavía no existe una política común sobre la materia. Sí que hemos armonizado, con el Reglamento General de Protección de Datos, muchos asuntos relacionados con el uso de datos en sí mismo y la protección de los ciudadanos y ciudadanas. Pero seguimos carentes de una estrategia común en materia de los retos que introducen los programas de inteligencia artificial. ¿Es necesaria? Yo creo que sí. La IA detecta patrones de comportamiento y puede diferenciarlos por diferentes variables (perfil de riesgo, clases sociales, género, capacidad adquisitiva, etc.). Por ello, puede hacer discriminaciones. ¿Qué pasaría si un algoritmo decide que a un paciente es mejor no medicarle? ¿O a un estudiante no renovar su matrícula por su patrón de comportamiento? ¿Qué pasaría si sugiere no defender una causa como abogado por las pocas probabilidades de éxito que hay? ¿O no cubrir con una póliza de seguro a una persona con muchas probabilidades de fallecer? ¿Podría el Ministerio de Economía y Hacienda revisar nuestras declaraciones de impuestos para conocernos y entendernos mejor? ¿Deberíamos cotizar más a la Seguridad Social porque un algoritmo nos indica que viviremos muchos más años que la media? Son todo situaciones que pueden producirse si se introduce la Inteligencia Artificial en nuestro día a día sin un marco normativo y ético que limite su ámbito de actuación. Con estos retos éticos y legales encima de la mesa, supongo que os estaréis preguntando qué soluciones existen. Jack Balkin, profesor de la Facultad de Derecho de Yale, sugiere que los programas que traten con datos personales y de

comportamiento humano deberían tener un carácter de fiduciarios de información. Algo similar a lo que ya hacen los doctores y los abogados, que obtienen información sensible de sus pacientes y clientes, pero que no pueden utilizarlos para otros propósitos que no sean la defensa de sus intereses y necesidades.

La intencionalidad del ser humano es inherente a lo que hacemos. Actuamos en base a incentivos y deseos. Disponer de tecnologías que permiten hacer de manera automatizada un razonamiento como sujetos morales (simulando a un humano), sin que esto esté de alguna manera regulado, al menos, genera dudas. Máxime, cuando las reglas que gobiernan esos razonamientos, no las conocemos. Es lo que se conocen como algoritmos de inteligencia artificial de caja negra. Son de los que Frank Pasquale habla en su libro: *The Black Box Society: The Secret Algorithms That Control Money and Information*. En él, el autor propone crear programas de inteligencia artificial considerando tres dimensiones: 1. Que los resultados a obtener deban satisfacer una serie de reglas, políticas, principios, etc.; 2. Valorar las consecuencias de los resultados que obtienen esos algoritmos; 3. Considerar de manera explícita e implícita los valores compartidos en la sociedad en la que se introducirán. Estas dimensiones podrían ser incorporadas en futuras leyes estatales.

Como ven, no es éste un ejercicio de regular tecnologías. Sino lo que los humanos podemos llegar a hacer con ella. Todavía ningún país tiene una Ley de Inteligencia Artificial. Si muchas agendas y planes. ¿Quién dará el siguiente paso tras los Emiratos Árabes Unidos? ●

Los textos dirigidos a esta sección de Cartas al Director y Tribuna Abierta (página 2) deberán ir firmados y debe adjuntarse fotocopia del DNI del remitente y número de teléfono. DIARIO DE NOTICIAS DE ÁLAVA se reserva el derecho de publicarlos, resumirlos, extractarlos o corregir su estilo en función de su interés público. No se mantendrá correspondencia. Dirección: Cartas al Director. Avenida Gasteiz 22-bis 01008 Vitoria-Gasteiz. Correo electrónico: cartas@noticiasdealava.com